

cortando camino hasta parar á las diez de la mañana del día siguiente en la cañada de las Torcazas, donde de la manera más extraordinaria celebró su matrimonio cinco años antes, improvisaron su barraca, hicieron su cocina, almorzaron llenos de gusto, descansaron y durmieron hasta proseguir á las seis de la tarde su marcha para llegar á Coroneo de noche no llamando la atención de ninguno, á posar al mesón mismo que repuesto les hizo recordar tristes memorias, lo mismo que el sepulcro muy arruinado que por desidia estaba á un lado de la iglesia lleno de hierbas y tepozanes que eran sus adornos fúnebres. De aquel pueblo partió el gobernador con Lorenzo seguidos de Simón y el Chango con dos mulas de avío hasta San Andrés, donde acompañado de la escolta que allí lo esperaba se siguió de frente hasta Morelia, y Lorenzo por Tajimaroa regresó al valle mientras Angel su cuñado con más comodidades, nuevos criados, y otras cabalgaduras fletadas, cortando por Santa María, Maravatío el alto, y otros pueblos, habilitado de dinero y su carta orden, á jornadas descansadas, llegó á recibirse de las haciendas que al instante le fueron entregadas, y Amparo empezó á disponer las habitaciones para los huéspedes que debían emigrar.

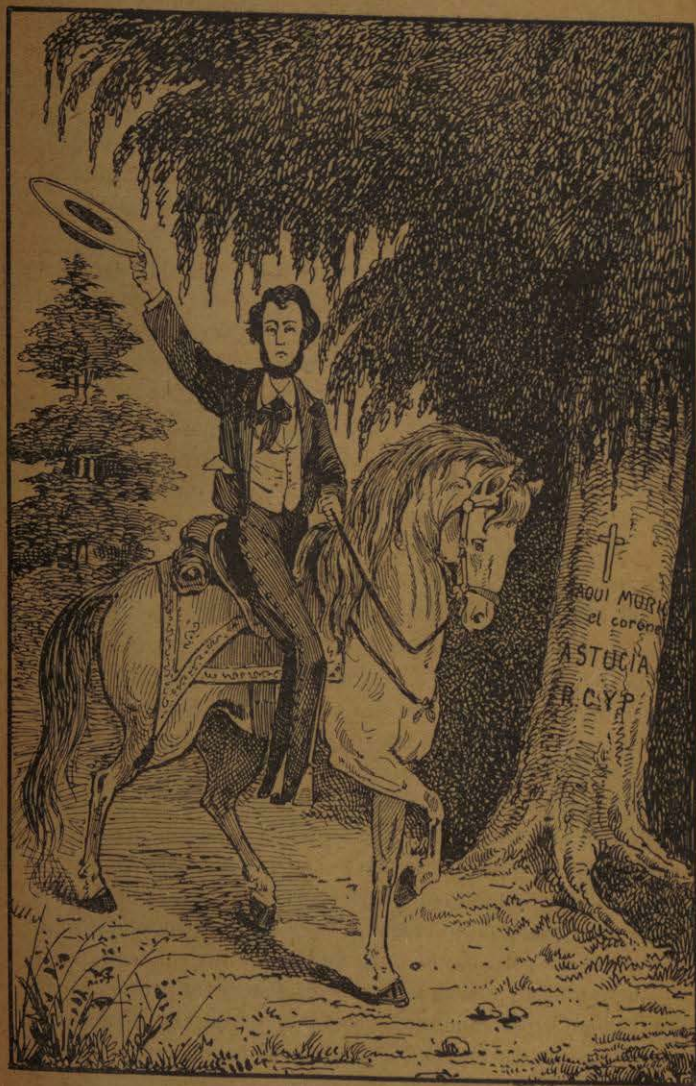
CAPÍTULO XIV

El extraordinario de Morelia. — Muerte del coronel Astucia. — Caída del gobernador. — El yerno y los suegros. — Las dos bodas. — Conclusión.

Lorenzo con sus viejos cachorros empezó con disimulo á transportar los diez y seis mil seiscientos pesos concedidos á sus *todos primitivos* para sus respectivas casas, destruyó sus habitaciones quemando maderas y no dejando indicios de ellas, y el último viajecito de Simón y el Chango, fué conduciendo en dos cajitas de madera muy curiosas, las cenizas de Clarita la madre de Enrique y los restos de su padre, que con precaución y disimulo se extrajo de los sepulcros, dándoles orden á sus enviados de no volver sino quedarse con su amita. El se quedó de huérfano andando de aquí para allí, comiendo en una parte y durmiendo en otra para no hacerse molesto, sin más avío que tres mudas de ropa interior, depositadas en un escondite del cerro de Tarimoro, y su caballo tortuguillo; todo lo dejó en corriente en menos de veinte días, ya habían pasado otros diez ó doce, cuando estando muy entretenido con sus *todos* en Laureles jugando gallos en celebridad de que comenzó la zafra ó molienda de caña, llegó á mata caballo un correo extraordinario conduciendo unos pliegos del gobierno, preguntando ansioso por el coronel Astucia á quien iban dirigidos. — ¿Qué se ofrece? dijo al que primero recibió el correo, y le gritó luego: — Aquí lo buscan de Morelia, coronel. Y pudiendo apenas disimular su alegría recibió las comunicaciones, y mandó que le dieran de comer á aquel hombre y un pienso á su caballo. — ¿Qué acontece, coronel? — ¿Qué hay, amigote? — ¿Qué es alguna novedad? así todos fueron preguntando llegando ansiosos á rodearlo. — Vean vds., ca-

balleros, bien nos dijo el señor gobernador, que ya está el sistema haciendo el borrachito, y yo lo que siento es que le truene á nuestro amigo el cohete en la mano. Uno de sus *todos* leyó en voz alta un oficio en que se ordenaba que con la más fuerza que pudiera reunir de la Seguridad, partiera á defender al gobierno á marchas forzadas, y que acompañaba un nombramiento en blanco para el interino que dejara puesto en su lugar mientras regresaba.

Al abrir el oficio en blanco cayó al suelo un papelito de puño y letra del gobernador que decía : — « Amado coronel, estoy en peligro, si no trae alguna gente para sostenernos, con su persona me bastará para salvar la existencia de su buen amigo. M. G. y D. » — ¿Y qué piensa vd. hacer, señor coronel? preguntó el prefecto. — Yo haré lo que opinen los señores; si vds. quieren ir á Morelia á pataratear y exponerse á un pelotazo, yo los conduciré al combate, pediremos el sitio más arriesgado, y prestaremos nuestros débiles servicios al gobierno que nos llama. — Yo no puedo abandonar los intereses que tengo á mi cargo. — Ni yo puedo tampoco dejar mi comercio solo. — Yo siempre he estado, estoy y estaré neutral en las cuestiones del país. — A mí nunca me ha gustado ser soldado. — Ni á mí me acomoda tomar cartas en asunto de política. Y así todos fueron chispándose sin que ninguno quisiera acompañarlo. — ¿Por qué no junta vd., coronel, trescientos ó cuatrocientos infantes y marcha con ellos si tiene voluntad de proteger al gobierno, éstos serán más fáciles para reunirse y menos gravosos al Erario? — Porque á proporción tienen los mismos inconvenientes que vds. y más si se quiere, comparando su situación, á lo que se agrega que son pobres, yo los he armado para conservar aquí el orden y la paz de que hemos estado disfrutando, no para que de mitoteros anden de aquí para allí. — ¿Pues entonces cuál es su determinación, señor coronel? — Ya la podían haber supuesto, caballeros, y basta que jamás me haya gustado ser partidario, ni tener color político para que no se alarmen, que se vayan los del gobierno con su música á otra parte á trompetear al calvario, que nosotros ni estiramos ni alojamos, esa comunicación irá al tompeate y lo que fuere sonará; ¿qué les parece mi resolución? — Magnífica, al tom-



Adiós, delicioso valle, mi tierra natal.

peate. — Sí, al tompeate. Y todos quedaron muy contentos, diciendo uno : — Este grito aguanta un tapado de diez y diez. — Este malatoba, un careado de quince y quince. — Un momento, señores, luego jugaremos, aquí viene un sobornal, ó como si dijéramos posdata; miren este papelito de nuestro amigo. Todos lo leyeron y el último dijo : — Esto cambia de paridad. — Es cosa grave, expuso otro. — ¿Qué no sería bueno también condenarlo al tompeate? opinó un tercero. — Sería una vileza, replicó el coronel con seriedad, yo soy esclavo de mis amigos, vds. han visto que ese hombre me acaba de colmar de favores y mañana vds. serían los primeros en calificarme de ingrato; como aquí sólo pide el servicio de mi persona, de nadie necesito para ponerla á sus órdenes; oiga vd., señor purgador, hágame favor de mandarme ensillar mi caballo, y si ese mozo que vino ya almorzó, que aliste su animal para marcharnos. — Hombre coronel, no se precipite, mire que por allá abundan las traiciones, las malas partidas y... — ¿Y porque allá abunda todo eso hemos de imitarlos? ¿qué más traición y mala partida que negarse á servir á un amigo que nos dice : « Su persona me bastará para salvar mi existencia »? Sería el hombre más villano, el más infame si no hago cuanto pueda para recompensar sus favores. Excusen sus opiniones sobre este asunto y vamos á otro, aprovechemos este nombramiento en blanco para que si por desgracia dilato, me pegan un pelotazo, ó cualquiera otra contingencia esto no quede solo. — Yo creo que es excusado, contestó uno, ¿qué puede vd. dilatar, y por qué eso de suponerse desgracias? — Porque no voy á ver jugar gallos con navaja, caballeros, sino tal vez á hacer de gallo, y dar ó recibir chincharrazos. En fin, elijan vds. á quien les parezca, el tiempo urge, tal vez llegue tarde, y entretanto voy á sacar mi caballo.

Hubo luego mil debates, ninguno quiso echarse encima esa encomienda, volvió ya el coronel listo y el correo montado, y después de mil excusas le echaron el cargo al prefecto, que como el primero de la junta menor, le alegaron corresponderle de derecho, y estar más al tanto del manejo de los negocios y fondos; le llenó á la comunicación el nombre y después dijo : — Por si una fatalidad, una desgracia de las cuales nadie está

safo me condena á ser calavera de aquellos campos santos, ¡adiós, señor Prefecto! — Adiós, señor D. Fulano, y despidiéndose violentamente de los presentes exclamó: — ¡Adiós en fin, mis *todos!* que... Montó á caballo y partió á escape dejándolos perplejos, y así que estuvo á buena distancia acabó de expresar su pensamiento: Que egoístas, viles y canallas, no son más que conveniencieros; estercólalos, Tortuguillo, échales la tierra en la cara. ¡Malditos sean por ingratos! demasiado les dí á entender que no voy á divertirme, y ninguno siquiera de fingido ha sido para ofrecerse á acompañarme, facilitarme un peso para el camino, un caballo de mano, un criado, ahí les pesará mi ausencia y me llorarán con lágrimas de sangre; Dios los libre de la anarquía, y donde quieran como antes subyugar á los pueblos, que he defendido de sus garras, ya me supongo el uso que harán de sus fusiles, no les arriendo las ganancias porque caro y muy caro pagarán su inconsecuencia. *Todos para uno, una para todos*, qué bien comprenden estos hombres estas palabras, dejan al *uno* á que corra el riesgo, mientras los *todos* se quedan divirtiéndose. Con estos pensamientos, y otros por estilo, cortando por veredas y atravesando matorrales llegó al pie de Tarimoto, allí le dijo al extraordinario que lo seguía: — Váyase al tranco, y me espera en la falda de aquel cerrito pelón. Quebró su caballo y se encumbró hasta la cima.

— ¡Pobre coronel! dijo el Prefecto mirándolo ausentar. — Quién sabe, agregó otro, si le costará muy caro su eficacia. — ¡Pero, hombre! exclamó el administrador de Laureles, somos unos infames, vemos que se marcha solo y á ninguno nos ha ocurrido facilitarle un criado; la declaración de indulto aun no se habrá hecho extensiva, el hombre tiene su cabeza vendida, quién sabe si esto ha sido un ardid de sus enemigos para tomar una venganza; con un par de mozos que le hubiéramos dado cada uno llevaba un escuadrón que escoltara su persona; pero somos unos mentecatos. — No se figure vd., señor D. Luis, ninguna fatal consecuencia; si el coronel, respondió un comerciante, hubiera necesitado de nosotros, demasiada franqueza tiene para que nos hubiera pedido lo que quisiera; lo que yo creo es que como amigo del misterio y tantos ardidés como discurre, se propuso desde luego ir á poner en

juego alguna de sus zanganadas para librar á su amigo, dentro de quince ó veinte días lo tendremos de vuelta, querrá dar por allá su espada á ver cómo queda la cosa pública y venirnos á contar sus proezas. — Ni duda, agregó otro, y como no tuviera ese orgullo de los charros Hermanos de la Hoja que capitaneó que siempre declina en fanfarronadas, sería nuestro coronel intachable. — Yo no veo que en esto haya nada de esas cosas, replicó el Prefecto. — ¿Cómo no? sostuvo un tercero, eso de que sólo su persona baste para salvar al gobernador, no pasa de andaluzada, una golondrina no hace verano. — Lo que fuere sonará, dijo otro con menosprecio, este giro aguanta un tapado de diez y diez. — Sí, sí, á lo que se juega, le respondieron, no venimos á llorar ausencias, y siguieron en su diversión.

Lorenzo recogió la ropa sucia que allí tenía y la acomodó en los tientos, rascó con su puñal al pie de una hermosa ziranda enterrando el despacho de coronel y nombramientos, los tapó con tierra y aplanó á patadas diciendo: — Duerme en paz, coronel Astucia, jefe nato de la Seguridad Pública y visitador general del valle de Quencio, aquí te tocó la renagada. Hizo pedazos los demás papeles que tenía en la bolsa relativos á su cargo y los arrojó para la profundidad, á la vez que decía: — Vuela, fama del difunto que aquí descansa, para que como todas las glorias de este mundo, vaguen por el espacio en menudos fragmentos unos cuantos días, se conviertan en polvo y al fin sean consignadas al olvido. En la corteza del árbol abrió una gran cruz con su puñal, luego grabó con letras muy claras: *Aquí murió el coronel Astucia. R. Q. I. P.* tantos de tantos, etc. Vamos á ver qué suerte corre en tierra fría Lorenzo Cabello. ¡Gracias, Dios omnipotente, gracias porque no me retiro de este valle con las penas, tormentos y pesares, con que hace ocho años largos entré, para agotar mis lágrimas y apurar mi sufrimiento! Sacó su cartera y escribió en una hoja blanca: — «Padre mío, dejo enterrado á la salida del valle al coronel Astucia que ha muerto de repente, R. Q. I. P. En este instante marcha para las haciendas adonde á todos estrechará en sus brazos, su hijo. — Lorenzo Cabello.»

Montó á caballo, y prosiguió á despedirse diciendo: —

¡Adiós para siempre, delicioso valle, mi tierra natal, que abrigaste en tu ancho seno y en tu ameno suelo á los prófugos de Tlaxcala! ¡Adiós, deliciosas selvas, encumbrados cerros y floridas vegas [que han sido testigos de mis amarguras! ¡Adiós, rancho de las Anonas adonde vi la luz primera, y tus labores han sido regadas con el sudor de mi padre! ¡Adiós, hermosa cañada de Capirio cerro pelado de la Culebra y frondosa rincónada de Cooporillo que dieron abrigo á mi Reina, mi Diosa y mi Deidad! ¡Adiós en fin, mis egoístas *todos*, Dios quiera que jamás nos volvamos á ver por estos sitios! Bajó precipitado, arrancó la hoja, le puso cubierta, y dijo al correo: — Esta para S. E. y dígame de palabra que voy á reunirme con la gente que me espera, y que pronto nos veremos; tenga esa media onza para el camino, y esta entera que le doy de gala, córtese por aquella huizachera, y luego que encumbre ese cerrito de pinos cae derechito á las veredas que van á Ziraguato, de allí se dirige á Cuitareo y agarra el camino real de Zinapécuaro. El hombre aquél contentísimo siguió el derrotero indicado, y él tomando otro se dirigió para Tajimaroa en donde se habilitó de comestibles por segunda mano, siguiendo de frente por Jaripeo el chico, atravesó los linderos del grande, dejó á su izquierda al pueblo de Irimbo, y llegó al amanecer del día siguiente á Coroneo, allí descansó todo el día y con mucho desahogo puso en menos de tres días, cerca de cincuenta leguas de por medio.

Para de una vez terminar con el finado coronel, baste saber que por más indagaciones que hicieron sus *todos* no pudieron conseguir ninguna noticia, y aunque también indagaron del paradero del gobernador para ver si por ese arbitrio aclaraban algo tuvieron informes muy contrarios, unos decían que había sido tan precipitado su costalazo que hasta la tierra había perdido, otros que desbarató su bufete y con lo que pudo pellizcar en el tiempo de su gobierno, se fué á dar una paseada por Europa, y la generalidad, que siendo muy déspota lo habían expulsado de la República. Hasta seis meses después de la ausencia del coronel, unos vaqueros notaron la cruz de la ziranda y la fatal noticia que anunciaba en su tronco, dieron parte, se armó mucho mitote, y los *todos* se empeñaron en que

se recogiera su cuerpo, comisionando al secretario del Prefecto para que lo buscaran ofreciéndole cien pesos si desempeñaba bien su comisión. El hombre aquél ya se volvía loco, en vano escarbaron por cuantas partes le ocurrió, ya tenían más de ocho días de estar allí remontados y no adquirían ni el más leve indicio, casualmente estando solo se encontró los papeles, metió en la caja que llevaban dispuesta troncos podridos, excavó con mil afanes allí mismo un hoyo capaz de hacer creer que de allí había sacado el cuerpo, y que en la bolsa de la chaqueta encontró aquellos documentos. Reclavó la caja, cubrieron con brea las juntas, ponderó la hediondez del cadáver, que tenía muchas puñaladas, y supo fingir su papel con tan buen estudio que dieron crédito á sus palabras, agotando su ingenio por asegurar los cien pesos ofrecidos, justificando sus dichos con los despachos muy podridos que entompearon á los entompeadores, le hicieron muy clásicas exequias, y junto al sepulcro de su padre en Jungapeo, se fabricó el de su muy sentido coronel que fué generalmente llorado, y le pusieron por epitafio: A SU MUY QUERIDO UNO, *le dedican esta memoria* SUS AGRADECIDOS TODOS. — R. Q. I. P.

Naturalmente divulgada la muerte del gato, aparecieron los ratones, el Prefecto jamás pudo desempeñar el lugar de Astucia, y sucedió lo que al retirarse Lorenzo les predijo. Se desató la más horrorosa anarquía y desconcierto, ni con millares de reatas florideñas se les podía hacer entrar al orden. Descontentos todos, amagados por las necesidades, y tratando el gobierno de desarmarlos desconocieron á las autoridades, casi todos se remontaron, resucitaron cuestiones de haciendas contra los pueblos que el coronel había transigido y éstos remeteron sus demandas á los hechos, haciéndose justicia con las puntas de sus bayonetas, de modo que los *todos* tuvieron que lamentar la pérdida de su *uno* con lágrimas de sangre, y ninguno era capaz de remediar aquella desmoralización de la gente que antes formó la Seguridad Pública del valle.

El Gobernador fiel á su palabra violentó el término de la carrera de su futuro yerno, de Enrique, sin darse por enterado del inmediato parentesco que lo ligaba con su tío Lencho á quien suponía soterrado en tierra caliente y en desgracia,

manteniendo sólo relación epistolar de vez en cuando, habiendo sentido mucho no acompañar á su maestro á la expedición para visitarlo, pero los encargos que le dejó como discípulo favorito y de más confianza, lo obligaron á quedarse aunque no muy á su pesar porque era el único hombre que cuidaba de la familia que ya consideraba como suya, bastó sólo que Enrique fuera presentado por el gobernador, para que sin muchas dificultades lo aprobaran y recibiera su título, etc. Poco á poco fué el padre descubriéndole á la mamá y sus hijas la existencia de Amparo; para justificar sus palabras, después de contarles todos sus pormenores y ocurrencias les entregó una carta para ella y algunos regalitos, entre los cuales iba para la madre un rizo del cabello del Changuito que lo había encantado; llenas de gusto no hallaban cómo dar gracias á Dios de su ventura, y más la señora cuando le dijo su esposo la resolución tomada en el Edén de Cooporillo y el pacto convenido entre el gobernador y la Deidad, ó el padre y la hija. — Mariano, le contestó su esposa abrazándolo delirante y llena de entusiasmo, desde este instante te voy á querer de nuevo, bendito sea Dios que ha escuchado benigno mis ruegos, nunca para el bien es tarde, me parece que aun estamos en nuestra edad de dulces ilusiones, y allí donde nací tendré recuerdos halagüeños, en vez de tantos sinsabores y molestias como aquí me han atormentado. ¡Bendito sea Lorenzo, y Dios se lo pague al dicho coronel Astucia! desde que lo conocí me simpatizó, y ahora que será mi yerno le prodigaré sin embozo mi ternura, sólo á su amor, su arrojo, y fuerza de voluntad, después de Dios, le debemos la existencia de nuestras hijas: ya no veo la hora que nos marchemos de este maldito chismal, de este piélago de juzgadero, de este mar de embustes y fingimiento, en fin, de este purgatorio que llaman sociedad donde trabajan sólo la lengua y las tijeras criticando al mundo entero; manda vender á la tienda esos libros que te han encalvecido para que envuelvan azafrán, que se lleven á la cohetería esos expedientes que te están dejando ciego, quémalo todo, que más que nos vayamos á pie con nuestras enaguas de jerguetilla, zapatones de cordobán, y sombreros de palma, cargando con un ayate nuestros petatitos, allá seremos los amos y gozaremos con nuestros hijos llenos de

gusto y satisfacción lo que Dios nos dé, y el constante trabajo de mi padre nos dejó. Corre, Mariano, corre, echa al maldito gobernador enhoramala, con cuatro letras lo confundes en el abismo, pero no, no le seamos ingratos, si no hubiera sido por él no vas al valle ni acontecen tantas cosas como han pasado que me parecen milagros, anda á descender con la dignidad con que subiste, que nadie nos señale con el dedo ni tengas que bajar los ojos ante ningún firriche de esos maromeros que te elevaron; que se rasque cada cual con sus uñas, y vuélvete egoísta por convencimiento sacado de tu propia experiencia; Amparito vale lo que pesa, me la voy á acabar á caricias, y como tiene tu genio claridoso y sostenido, te supo hablar en tu propio idioma. De veras que es una Reina, Diosa ó Deidad, pues sus palabras te llegaron al corazón, lo repito, Mariano, desde este instante me enamoras y comienzo á amarte con el mismo fuego que hace más de treinta años. Voy á mandar llamar á la corredora que venda tanto trapo inútil como costoso, y que son impropios para usarlos allá. — ¿Pero, hija, qué vas á hacer? — A desocupar esos roperos, no quiero blondas, rasos, terciopelos ni nada que me apeste á la ciudad, con unas enaguas de muselina ó mis castores, allí seré también la reina, con este dinero en gallinas que lo emplee lo veré reproducir, multiplicarse, comeremos muchos blanquillos, buenos pollos sin que nadie moteje si están bien ó mal hechos, ni digan que ya no se usan, están feos, cuánto han costado, si los compraste al plazo ó es regalo de tus clientes, gajes de la testamentaria de fulano, una pluma de la águila nacional, basuritas de la audiencia, marmaja de tu bufete, y tantísimas chifletas y dichos picantes de las que al ver estrenar á uno un trapo hacen la más crítica disertación y nos despellean vivas; si tú vas desengañado de los hombres, yo no lo estoy menos de las mujeres, y como ranchera voy contentísima á concluir mis días como los empecé, á disfrutar respirando el aire libre del campo y gozando de la vida á mis anchuras, cumpliendo en todo y por todo mi voluntad, sin ser el espejo de todo el mundo que fiscalizan y motejan hasta mi modo de andar; esto es una tortura, un infierno, voy á estar en la gloria. — Tienes razón, mamá, replicó Aurelia, esto cada día se complica, y Dios

quiera, papacito, que el haber faltado á tu ofrecimiento no nos cueste una pesadumbre, ya ves las persecuciones, destierros y cuanto sufren los aspirantes en política á cada cambio de sistema; renuncia á buen tiempo y vámonos á establecer á donde no seas más que el padre de tus hijos y el amo de tus propios intereses y como luego dices, el que viene atrás que arree, el que se queme que sople. A la menor insinuación fueron admitidas las renunciaciones del gobernador y presidente de la suprema corte, que sin estrépito se retiró á la vida privada, habiendo descubierto mil enredos, quitado disfraces y sabido de todos sus compatriotas sus malas mañas, de modo que sólo al mirarlos con fijeza ó sonreírles al saludarlos, huían de su presencia abochornados, renegando de que estuviera al tanto de sus bastardos proceder, falsa política, y mentido patriotismo.

Lorenzo luego que llegó á las haciendas les dió una andada, vió de cuánto fomento eran posibles, formó sus planes para desarrollar sus elementos, mejorar sus esquilmos, extender sus labores para aprovechar hasta el más insignificante terreno de su basta extensión, y mirando que su futuro suegro ni escribía ni llegaba, mandó disponer el avío, apostó tiros de mulas, y con los criados necesarios partió para Morelia, ignorando si había en la casa bastante local, paró en un mesón y solo se dirigió á ver al licenciado. — ¿Mande vd.? le dijo un criado al penetrar en el zaguán. — Quiero hablar al patrón. — Pues vuelva vd. dentro de una hora porque está comiendo. — Entonces mejor, suba vd. y avísele que Lencho viene á comer con él. Y se siguió andando tras del criado. Apenas había dicho aquello, cuando el papá aventando todo, se paró diciendo: — ¡Ahí está Lorenzo! que entre, que entre. — ¡Mi hijo! repitió la señora. — ¡Mi tío! exclamó Enrique. — ¡Mi hermano! dijo Aurelia. — ¡Mi salvador! gritó Lola, y todos llenos de júbilo salieron á su encuentro sin hacer caso de su vestido de cuero y rostro muy empolvado; así que todos lo abrazaron llenos de alegría les dijo: — Como Lorenzo, ya tuve el gusto de estrecharlos entre mis brazos; pero traigo además prevenido otro abrazo de ruego y encargo que me encomendó una pobre rancherita, ya quería brincar las tranecas por venir á verlas, y se le están haciendo los días eternos por su tardanza, resuelta á

que si me ve regresar solo, pega la estampida para sus antiguos comederos y allá se remonta con sus fieras. — Tiene razón, respondió el tata, ahora hablaremos, cumple con tu encomienda y vamos á comer. Se repitieron los abrazos, se sentaron á la mesa, estuvo respondiendo á las multiplicadas preguntas que todas le hacían. — ¿Conque nuestro amigo el coronel Astucia falleció? dijo el papá. — Sí, señor, murió de repente, le contestó, á la salida del valle le hice el último servicio á que me obligaba su amistad; lo he dejado enterrado al pie, de una ziranda, acabó el coco de los de por acá, el azote de los brandidos, y el paño de manos de los de por allá. — ¿Según eso, dijo Enrique, tenía vd. buena relación con el coronel? — Mucha, y muy íntima, pregúntaselo á tu maestro, éramos uña y carne, inseparables amigos y... — Como que no he visto una estrechez tan extraordinaria, y ni un par de gemelos tan parecidos; figúrate, Enrique, una yunta de bueyes uncidos con un propio yugo, un tronco de frisonas, un... — Dígalo vd. de una vez, señor, replicó Lencho, un fenómeno lleno de contradicciones. — De buena gana hubiera yo conocido al dicho coronel Astucia, dijo Enrique. — Pues conque me mires á mí ya está satisfecho tu gusto, era mucha nuestra semejanza y tal vez no faltará quien me confunda con el difunto, por lo que si tal cosa acontece no lo extrañes, pero aquél era mucho hombre, mientras yo no he pasado de lo que ves, fué tenido por valiente, luego por muerto, después por bandido, últimamente por hábil, y en resumidas cuentas, no es ya más que harina de otro costal. Por lo expuesto conocieron que Enrique ignoraba las célebres ocurrencias de su tío, y por prudencia lo dejaron en la duda. — Conque volviendo á otra cosa, Enrique, ya te habrá dicho tu maestro que te tenemos destinada la mano de mi Lola, de esta chacharita que al sacarla por entre las llamas me pesaba más tlaco de yesca y en el contrato hecho en Cooperillo me la han regalado en cambio de un Changuito. — No me he metido en tocar ese negocio, Lorenzo, dijo el licenciado, pero como soy formal en mis tratos recuerdo bien que te dije que te las cogieras, porque mi Changuito vale más que todas ellas, y ahora te cambio la propuesta, si conoces que te saco ventaja, cógete también á la nana de pilón. — Eso por

sabido se calla, señor, la nana me pertenece por mil títulos, y aunque vd. no me la ofreciera yo sabría arrebátarmela, ya tiene experiencia de que no le tengo miedo ni á los hombres ni á los elementos. — Por eso no quiero tenerte por enemigo, sino que dándome por vencido, tú hagas y deshagas de esta manada de ovejas lo que te parezca. — Pues entonces á la hacienda, ahí está el avío, allí formaremos los rebaños, cada cual tendrá su aprisco, vd., señor, será el pastor, este muchacho y yo sus cachorros, y cuidándolas á todas resistiremos á los lobos. — Dios te dé el cielo, Lorenzo, replicó la señora, pues has sido el instrumento de quien Dios se ha valido para nuestra felicidad, mañana mismo nos vamos, después mandaremos á que desbaraten la casa; anda á alborotar á tu mamacita, Enrique, y vds., muchachas, á disponer sus baúles, ¿qué dices, Mariano? — Que estoy resuelto á obedecer á la Reina madre, la Diosa madre, y la Deidad madre, en fin, á la madre del chinchorrillo que quiere Lorenzo que pastoree, hagan punta que yo iré arriando y cargando á los primallitos.

Al otro día marcharon á las cuatro de la mañana dos coches de camino seguidos de ocho cuerudos con las mulas de avío, y al segundo como á las nueve hasta los tiros de mulas llegaban contentas, pues reconociendo la casa no las podían contener los cocheros y llegaron como exhalación hasta la hacienda sin pesarles los carruajes que por poco vuelcan en aquellas bajadas. — ¡Amparito de mi alma, hija mía! ¿dónde estás? ¿adónde estás, mi vida? entró gritando la señora como loca. — ¡En tus brazos, mamacita! contestó saliendo en fuerza de carrera con el pelo suelto y sin rebozo. — ¡Nana Ampopo! gritó Lola abrazándola también. — ¡Hermanita de mi alma! exclamó Aurelia. — ¡Niña, niña! gritaba la madre Chenta que era criada antigua de la casa, y llorando todas de gozo formaban un grupo compacto prodigándose mutuamente las más tiernas caricias, mientras el papá saliéndole al encuentro á su Changuito que se quedó admirado de tanta gente extraña dudoso de acercárseles, lo tomó en brazos, le dió un pitito que se empeñó en sonarlo, y se puso muy consternado al ver aquella escena de requiebros, palabras cortadas, y muestras de amor que sin cesar llorando y riendo todas se hacían aguantando los pitazos

de su nieto que ya lo ensordecía. Después de aquellos extremos de cariño siguieron las contemplaciones, todas miraban á Amparo ponderando lo que al pronto les llamaba la atención. — Estás más alta, robusta y de hermoso color, hija mía. — ¡Qué lindos brazos tienes, Amparo! — ¡Qué buen pelo! — ¡Qué bien pareces con enaguas! y otras mil cosas que las admiraban. — Abran campo y no estorben el paso, dijo el tata, pasando con su nieto por en medio dando pitazos y siguiéndose á pasos largos para la sala — ¡Daca á mi hijo! gritó la señora, déjame hacerle un cariño, y siguió apresurada tras él. — A mí, á mí, repetía Aurelia, dámelo, papá. — Venga, mi Changuito, no se lo des á ninguna, gritaba Lola, y siguió el tumulto á querérselo quitar al abuelo; pero el niño rehusando mudar de sitio, lo abrazó del pescuezo y ocultaba la carita, hasta que fastidiado empezó impaciente á echarles cortes y puntazos diciendo: — No quelo, mujeres, feas, feas, y se limpiaba la boca con coraje para quitarse los besos que le daban, no transigiendo con ellas, sino á fuerza de juguetes y otras chácharas con que le ganaron la voluntad. No fué menos el aprecio de Ana María y Angel con Enrique, que desde que se lo llevaron á Morelia no lo volvieron á ver, así como el que le manifestó Amparo al presentárselo Lorenzo como su futuro sobrino y cuñado. Cuando todos en la sala se pusieron en sitio se hincó Amparo delante de su mamá y le dijo: — ¡Perdóname, mamacita! si abusando de tu confianza y burlando tu vigilancia, correspondí decidida al amor de Lencho desde que estábamos en Tuxpam, mi papá te habrá impuesto de mis resoluciones, de la grave pena que me costó la separación de vds.; y si disimulas mis faltas y me vuelves tu gracia, desde este instante seré la mujer más dichosa; ¡quitame ese peso que me ha torturado el alma! ¡que mis lágrimas de arrepentimiento laven mi culpa! ¡y por el amor de Dios perdóname! — Con mil amores, mi vida, yo te perdono, y en prueba de ello ven á mis brazos, te estrecharé contra mi pecho, pues en este instante olvidó el grave pesar que me has causado. — ¡Gracias, Dios mío! prosiguió diciendo Amparo, ¡jamás dejaré de bendecirte! soy la criatura más feliz de la tierra, sí, la más dichosa, ¡mamá de mi alma! y llorando de regocijo se arrojó delrante á sus

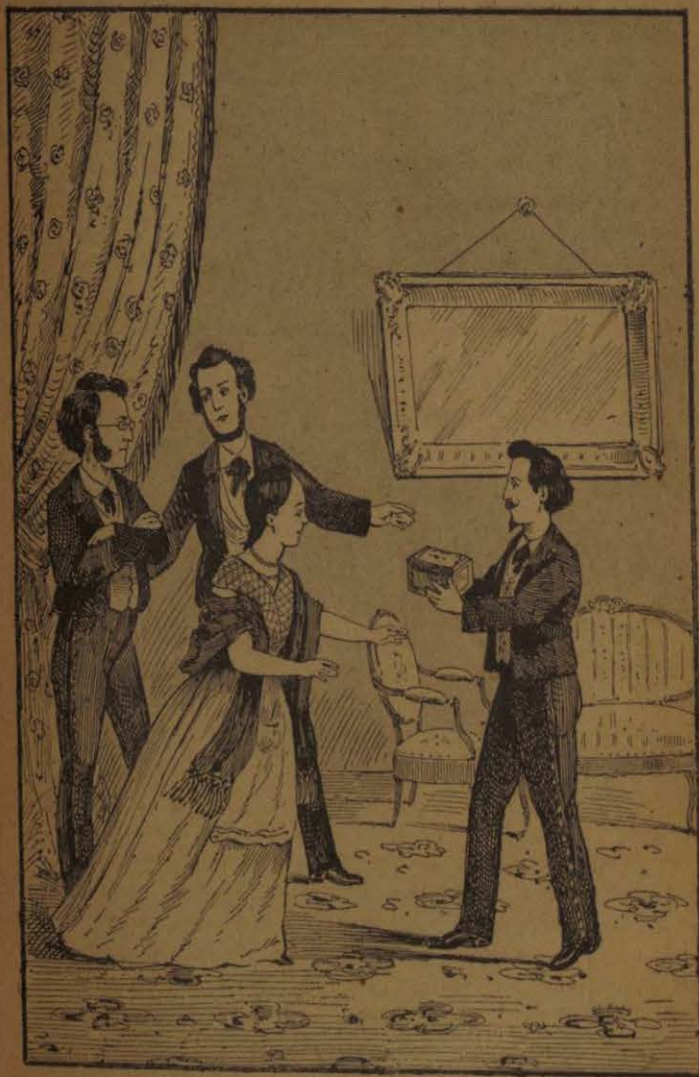
brazos. Siguieron hablando de cosas diferentes, y mientras se metió con sus hermanas á acabarse de peinar, saliendo á poco muy alisada luciendo un par de trenzas muy finas y abundantes.

Al entrar se le quedó mirando con fijeza el papá y exclamó: — ¡Qué felices recuerdos me trae á la memoria esta payita! al verla con sus pulidos pies tan gorditos, su delgada cintura, cubierto el pecho con su mascada de la india, luciendo un par de blancos y torneados brazos, sus trenzas ambulantes, con ese rostro encantador y unos ojos tan picarescos y zaragates, me saca de quicio y conque tuviera un poco quebrado el pelo y se demostrara algún tanto desdeñosa y mesteña, ya está que era el vivo retrato de cierta cotorra, pero, hijita, el tiempo todo lo acaba, ya esa retama no huele y es fruto que se pasó. — Qué coincidencias, Mariano, contestó la señora en el mismo tono, igual pensamiento acabo de tener al ver entrar á mi hijo Lorenzo pues sus maneras francas, su genio festivo, su presencia simpática, y que no es pedante charlatán ni fastidioso, me trajo á la memoria que aquí en esta propia sala, conocí á cierto perico que se acababa á suspiros, me quería devorar con sus miradas, se desmechaba solito, y hacía tantos extremos para que le correspondiera, que todo él se volvía un terrón de amores, me pintó mil dorados ensueños de ventura, ¿entiendes, Mariano? pintadas ilusiones en que candorosamente cifré mi felicidad, pero, hijo mío, el tiempo todo lo muda, ya ese capulín se heló, no tiñe ni da color, y me fastidia por chinchoso. — ¿Y qué podrá hacer ese pobre perico para largar las chinches y no fastidiar á su cotorra? — Cosa muy fácil, mudar de pluma. — ¿Entonces se quedará pelón y viejo? — No, porque uno y otro volverán treinta años atrás, sus pensamientos no serán vanas ilusiones sino efectivas realidades, si ese perico se presta dócil á darle gusto á su cotorra. — Hágase tu voluntad, vieja querida, y bendita tú eres entre todas las mujeres, amén. — ¿Hablas de veras, Mariano? — Como lo oyes. — Pues entonces seré la mujer más dichosa; vengan niñas á mudar de pluma, yo les voy á dar el ejemplo, fuera chinches. Y se metió para adentro seguida de sus hijas desabrochándose el vestido y quitándose la peineta. Abajo túnicas muchachas, se acabaron

las catrinas, guarden esa ropa para los domingos, aquí están por demás esos adornos postizos y supercherías, esos sacos son propios para las fodangas que se cubren con ellos los pies puercos y ropa mugrosa. — Pero, mamá, decía Lola, nunca he andado así, voy á tener mucho frío, á estar muy fea, es capaz que Enrique... — También voy á desplumar á ese pollo, ó que se largue á cantar á otro muladar, desde hoy en adelante ninguno de mi casa ha de ser moneda falsa, ni pan pintado.

No hubo escapatoria, y casi llorando se despojó Lola de sus adornos en medio de las risas y burlas de sus hermanas, apareciendo en la sala la señora con sus franelas, su rebozo de bolita, y sus hijas por el mismo orden con una chamarra de Lorenzo en una mano y otra de Angel diciendo: — Mariano, ese saco que traes es el chinchoso, títalo y ponte esta chamarra, muda de pluma. — Con mil amores, mi vida, cambio la lana del borrego por el pellejo del venado. — Enrique, siguió diciendo la señora, mi hija Lola es una pobre rancherita, si la estimas cambia también de pluma, porque á tu lado parecerá tu cocinera, ya ves cada oveja con su pareja. — El que manda, manda, agregó Lorenzo, fuera faldoncitos, caballero, si es que quiere no abandonar á su pichona. — No sólo de pluma, hasta de mi propio pellejo cambiaría de buena voluntad, contestó Enrique tirando su levita y poniéndose también de payo. — Recoge esos trapos, Amparito, dijo la señora y entrégalos á nana Chenta para que frieguen el suelo, abraza, Lola, á tu futuro, que yo hago lo mismo con mi viejo ranchero que hace treinta años que no lo veo; ¿qué haces, Mariano? ¿qué ha sido de tu vida? — Ya lo ves, bien mío, he vuelto al redil cual un hijo pródigo corrido del mundo, desengañado y... — Y aquí encontrarás á quien te ama de nuevo, que nunca te olvidó y en silencio ha llorado tus desvaríos. Y lo abrazó con ternura. En la tarde se salieron á pasear por el campo admirando á todos Amparo con su destreza en el manejo de la escopeta y agilidad en el caballo. Muy temprano se recogieron, y á las cuatro de la mañana ya estaba la señora estirando sábanas y haciendo levantar á todas, las obligó á irse á lavar la cara y brazos al arroyo, fueron á la ordeña á traer la leche para el desayuno, á cada una le dió su quehacer doméstico haciéndolas barrer,

guisar, y todos los trabajos de la casa, de manera que en poco tiempo ya eran unas rancheras consumadas, tan hacendosas como bonitas y juiciosas. Lorenzo se salió con su suegro y Enrique al campo, les manifestó sus proyectos, y desde luego conocieron sus acertados cálculos y buena disposición, pesándole al licenciado el haber sido tan necio sosteniendo un vano capricho. — Mira, Enrique, le dijo, desde este instante eres dueño de mi bufete, mis libros, y cuanto tengo en Morelia, si tienes aspiraciones, y crees caminar con buena suerte en la ciudad, véte á establecer con tu esposa allá. — Pero, señor, sólo sus libros valen un dineral y... — ¿Calculas que puedan valer más de cinco mil pesos? — Sí, señor, muchísimo más. — Pues recíbelos como una deuda sagrada que tu tío tiene contigo, por el dinero que de tus propios fondos recogió en Morelia hace seis años; yo soy su padre, y salvo ese compromiso de mi hijo. — Yo no he tenido cuentas con mi tío, señor, ha sido para mí mi padre y á su cuidado y empeño debo lo poco que valgo. — No entiendo de excusas, replicó el tata. — El que manda manda, dijo Lorenzo. Esto hizo callar á Enrique, y el tata prosiguió: — No cabe duda, hijo mío, en que harás buena carrera, pero si quieres recibir un buen consejo de un viejo portreado por los negocios y desengañado por propia experiencia, anda á encajonar tus libros mientras arreglamos los casamientos, y vente á manejar personalmente la hacienda que pienso destinarte como la herencia perteneciente á tu esposa, he tenido treinta años de amarguras, he gastado la mejor edad de mi vida, y á pesar de haber caminado con mucha suerte, les confieso la verdad, me he visto en la necesidad extrema varias veces de empeñar hasta mis libros, cosa que jamás hace un labrador con sus herramientas, pues el día que está más escaso, come gallinas ó mata un borrego, y yo no podía mandar á que guisaran expedientes; he tenido clientes que después de mil exigencias me deben hasta el papel sellado que suplí para los escritos y actuaciones, en fin, negocios redondos bien apoyados en que palpable demostraba la justicia, me los han echado á rodar con una chicana de mala ley, y he tenido que estudiar ardidés y razones ajenas del derecho para contestar de igual manera, los más asuntos de las ciudades entre pollos de



Esto es cuanto poseo, Lola, recíbelo como donas:

cuenta, no son más que caprichos, en ellos sólo abundan las chicanas, la mala fe, las sorpresas, en fin, negocios puercos que son ajenos de que los sostenga un hombre honrado, si quieres sólo encargarte de los justos, ó son de gentes que es necesaria la habilitación de pobres, ó te quedas sin negocios; aprovecha tu juventud, vuélvete positivista y deja al mundo rodar. — ¿Qué dices, Lola, á tu decisión lo dejo? preguntó Enrique, ¿quieres ser cortesana ó ranchera? — Lo que mi mamá disponga. — Al hacerme tirar la levita, replicó la señora, ya supondrás cuál es mi opinión. — Pues mañana marchó á encajonar los libros, entregar expedientes, y desbaratar el bufete. — Entonces, dijo el papá, vamos á la parroquia á formalizar las presentaciones, y que les vayan dando nueces encarceladas á los guajolotes para tomar el mole de manos del Chango, que para eso se escupe la mano y uno se chupa los dedos.

A las cinco semanas estaba ya todo listo para los casamientos, y la víspera reunidos en familia entró Lorenzo con dos cajitas en la mano, y dándole una á Enrique, le dijo á la vez que también le dió una talega con doscientos pesos: — Enrique, esto es todo tu haber y cuanto he podido conservarte de lo que te pertenece. — ¿Qué es esto, tío? — El dinero, es la remuneración que como uno de mis *todos* te corresponde por los buenos servicios recompensados por el gobierno. — Pues, tío, renuncio de esa cantidad en favor de los demás, y acéptela para el resto de sus *todos*. — ¿Y esta cajita qué contiene? exclamó Lola llena de curiosidad. — Abrela, Enrique, le ordenó su tío, es una memoria de tu madre. — Alhajas, replicó Lola parándose con inquietud, y al abrir la tapa ambos se quedaron aterrados al ver una tierra amarillenta y uno que otro pedazo de hueso pulverizándose. Ella se retiró confusa, y Enrique besando respetuosamente un trozo de canilla y bañándolo con sus lágrimas exclamó: — ¡Inanimados restos de mi idolatrada madre, yo los bendigo y los veneraré toda mi vida! ¡Gracias, tío Lorenzo, porque me ha conservado este tesoro que estimo en su justo valor! *esto es cuanto poseo, querida Lola, y lo que puedo ofrecerte como donas*, tú que amas á tus padres conocerás su precio y sabrás darles el lugar que se merecen. — Los acepto, res-

pondió, y desde ahora en la capilla serán depositadas estas reliquias para recordarnos que reclaman nuestras plegarias. — Lo mismo te digo, Amparo, siguió diciendo Lorenzo, tú sabes lo que haces con esta caja que deposita los restos de mi padre, por quien algunas veces lloramos juntos sobre su sepulcro. — Vengan, Lencho, dámelos que mucho tiempo hace que me pertenecen, trae tu caja, Lola, y vamos todos á tributarles á estas cenizas, el homenaje y oraciones que reclaman los difuntos. En un lado del altar de la capilla fueron colocadas las dos cajitas, y desde entonces se estableció rezar el rosario y la estación á las ánimas en el oratorio, con todos los domésticos de la casa.

Al otro día todos sus sirvientes y gentes de las haciendas celebraban llenas de regocijo dos casamientos y un bautismo, reinando en todos los pechos el contento, sin más personas convidadas que la familia del señor D. Manuel su tutor de Enrique y la viejecita su mamá adoptiva, que estaba loca de gusto con su nuera, y fueron sus padrinos de casamiento.

— Tengan vds. ese dinero que también les corresponde, dijo Lorenzo al tercer día á sus cachorros dándole á cada uno sus doscientos pesos. — Yo no necesito de nada, respondió el Chango; si su merced lo hace por despedirnos, recuerde nuestro juramento de la cañada de las Torcazas, mas que nos mate á palos somos buenos escuincles y primero nos mate que largarnos de la casa; póngame de guarda campo, écheme al tajo pero no me desprecie. — Sí, señor amo, por los huesitos que tanto estima y están en la capilla, agregó Simón, mándeme tusar y mochar las orejas, déjeme para la trilla ó póngame de domingo en los chilares para espantar los pájaros, pero no nos corra de su lado. — Eso nunca, compadres, repuso Amparo, vds. son mis hijos, forman parte de mi familia, y si se mueren...

— Los ensacato y los cuelgo en el zaguán, agregó Lorenzo; ese dinero les toca porque son unos de mis todos á quien ha premiado el gobierno. — Pues entonces, señor, dijo el Chango, ni á cuidado llega, todos para uno, uno para todos, reparta su merced ese dinero entre sus familias y asunto concluido, voy á dejarme jalear de mi hijo los cabellos. — Y yo me arreviato, agregó Simón, me voy á limpiar al Tortuguillo antes que me empeece á relinchar.

Los seiscientos pesos renunciados por Enrique y los cachorros, y cuatrocientos pesos más de dos bajas que hubo en esos días, fueron distribuidos entre los demás interesados. D. Antonio Delgado en Tepustepec fué fomentado con cerca de cuatro mil pesos de los que allí quisieron continuar unidos, extendió sus siembras, aumentó sus crías, repuso su apero, y en poco tiempo volvió el rancho de su difunto hermano Alejo el Charro, á estar en movimiento, animación, y sostener á la familia con algún descanso. A Lupe y Julita que con otras familias formaban grupo, las estableció en la villa, vendió el rancho de Chepe botas y el Tapatío, les compró un mesoncito que dejó bien habilitado de pasturas, tienda y cocina que entre las dos y demás viudas manejaban perfectamente, y con Camila hizo lo contrario, vendió las casas y le habilitó el rancho del señor Garduño, le puso un buen mayordomo, y ella viva, muy trabajadora, económica, y semi varonil, todo lo cuidaba y atendía, logrando muy descansadamente sostener á los que le pertenecían, sin que Lorenzo á pesar de sus muchas atenciones dejara de ir á dar sus vueltas, y mandar á Simón ó el Chango á que las fueran á visitar. Enrique se radicó en la hacienda de Lola, con ella, nana Chenta su pilmama, y tío Cancholo, otro criado viejo de la casa. En otra hacienda que se destinó para Aurelia, vivía Angel y su esposa Ana María, hermanos de Lorenzo, y en la principal residían el amo grande, la señora, Amparo, Aurelia que se apropió del Changuito hasta el extremo de constituirlo su heredero, haciendo mutuo testamento, los cachorros, y Lorenzo que en todo llevaba la voz, y por sus disposiciones progresaban todos los intereses á gran prisa, siendo él el primero en echar al olvido al difunto coronel Astucia, viviendo en una paz octaviana, gozando todos de perfecta tranquilidad y una vida pacífica. El tata recobró su buen humor, la señora su salud, y ambos tamaños de gordos andaban de visitantes de hacienda en hacienda, llenos de gusto, cargando nietos y nietas que empezaron á nacer de Amparo y Lola. He aquí el resultado de la vida privada de Lorenzo Cabello, que mientras exista será el uno de sus todos, y nunca olvida que con *astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión*, y que metido en sus labores, manejando él mismo los intereses, ocupado en el fomento de

los bienes y el bienestar de las familias, pudo después de sus vicisitudes, trabajos, compromisos y cuanto le pasó, establecerse radicalmente, dominando á su mala estrella con la fuerza de voluntad, ciega confianza en Dios y en su divina Providencia á quien siempre invocaba en sus aflicciones. Vive aún siendo amante padre, fiel esposo, y amigo sincero de sus verdaderos amigos, ofreciéndose á las órdenes de las personas que lo honren con su amistad, en las haciendas que maneja, en un rincón del delicioso y ameno territorio de Michoacán.

FIN

ÍNDICE

CAPÍTULO I. — El alcance del Bulldog. — Historia de Alejo Delgado, ó el Charro Acambareño	1
CAPÍTULO II. — Los planes de un tinterillo. — Ir por lana y volver sin pelo. La transacción	52
CAPÍTULO III. — Pánfila. — La Monja Simarrona. — Catástrofe. — Satisfacción cumplida. — El tapaboca.	71
CAPÍTULO IV. — Muerte de Clarita. — El escarmiento del Cascabel	104
CAPÍTULO V. — Primera parte de la historia de Chepe Botas y desgraciado fin del Bulldog	119
CAPÍTULO VI. — Historia del Tapatio, segunda parte de la de Chepe Botas, y trastornos de familia	159
CAPÍTULO VII. — El gato encerrado y la cola de fuera. — Las llaves falsas. — Carta de Elisa. — Mentira sobre mentira. — El rapto desafiado. — Lamentable fin de Elisa.	193
CAPÍTULO VIII. — Total exterminio de los Hermanos de la Hoja. — El charro resucitado. — El Paraíso, y la fuga de Astucia	245
CAPÍTULO IX. — El coronel Astucia jefe de la Seguridad Pública. — El tompeate. — Los colgados del Rotito. — Estrategias y proscripción de Astucia.	299